

LA VIDA EN FAMILIA

AL partir, pocos días después, Cesáreo, dió un suspiro Anita como si se aliviara de un gran fastidio.

Realmente Cesáreo, Don Cesáreo como lo llamaban en tono irónico las criadas, era un poco molesto. Tenía aire aristocrático, y se creía superior á todos y hasta se las daba de escéptico... ¡á los veinte años!

Estudiaba entonces, y en él había puesto sus esperanzas la familia.

Anita, con su partida se sintió más libre. Un día que estaba en el huerto preguntó á Sebastián:

—¿Te disgusta la marcha de Cesáreo?

—No. Está estudiando. Este año saldrá bachiller.

—¿Y qué vá á ser?

—Abogado, creo.

—Y tú ¿por qué abandonaste los estudios?

—¡Ah, yo!...—respondió Sebastián distraído, á tiempo que salía de entre los surcos con los zapatonos embarrados.

—¿Y por qué no te has hecho Abogado?

—No me gusta estudiar...

—Pues, es mejor que cavar.

—Pero, en la mesa, tú comes ensalada y espárragos, y no libros...

Así como Cesáreo era altivo y presuntuoso, Sebastián era bueno y muy útil.

A éste último no se le daba importancia en casa. En cambio era utilísimo. Se contentaba siempre, no alzaba la voz, no se quejaba nunca. Vestía con mucha modestia.

Siempre á caballo, vigilaba los trabajos del campo, dando ejemplo á los obreros, compartiendo con ellos el pan negro.

Pablo Valena, ocupado en otros negocios, había abandonado á la diligencia de Sebastián el cuidado de la hacienda.

Ya los servidores de la casa, cuando llamaban á la puerta de día, preguntaban por Sebastián y nunca por Pablo Valena.

Sebastián no frecuentaba la sociedad elegante; reuníase con la gente humilde, con los de su clase.

Cuando Anita estrenó el vestido nuevo rebosaba contento y tuvo una magnífica idea.

—¿Por qué no despide á Elena? preguntó á su tía.

—¿Por qué? ¿Te ha faltado?

—No; es que yo sirvo para cuidar al niño.

Sentía el deseo de ser útil en aquella casa, que ya consideraba como suya.

—Veremos, respondió María Fara.

A medida que iban transcurriendo los días, Anita olvidaba las impresiones de su

vida anterior. Doña Ana, la vieja casa, el villorrio, el son de las campanas, la visión del pasado, todo se esfumaba poco á poco en la lejanía de los recuerdos.

Así fué desvaneciéndose aquella nostalgia que experimentó en los primeros días, y Anita volvió á ser, como antes, alegre, muy viva.

En la iglesia ya no se maravillaba del son del órgano, ni se sentía humillada entre el señorío.

Ana era devota. Con su vestidito negro, enguantada, una gasa de crespón al cuello, estaba quieta, atenta á escuchar al predicador ó á leer en su libro de rezos.

Dominaba á Catalina; la hacía sentar á su lado, imponiéndola silencio, bajo pena de acusarla á Sebastián, y la niña callábase, mirando con envidia, sin embargo, á los otros pequeños que corrían por la iglesia.

Por Semana Santa se confesaron y Ana hizo su primera comunión.

Ese mismo día, á la hora de la cena, Anita suplicó de nuevo que despidieran á Elena, pero el tío se opuso resueltamente y sonrió pensando que el confesor había aconsejado á la huérfana que fuera siempre útil á la familia que la había recogido.

Pablo Valena, así como su mujer y sus hijas, eran muy religiosos. Cesáreo, en cambio, despuntaba por ateo, y repetía las frases de los diarios anticlericales, sin entenderlas. Sebastián decía siempre, sonriendo, que él era cristiano y que, como el trabajo era compatible con la religión, hallábase á gusto.

El Sábado Santo se encendió el horno, y María, con las hijas y la criada, hicieron el pan y los dulces de Pascua.

Quando al atardecer vino el sacerdote para bendecir la casa, lo obsequiaron con dulces y echaron dinero en la caldereta del agua bendita.

Catalina cogió un poco de esta agua y la echó al pozo, diciendo:

—Así, toda el agua estará bendita.

Pasado el tiempo cuaresmal, entrado Abril con sus días hermosos, Catalina y Antonino comenzaron de nuevo á jugar locamente en el huerto y fuera de él. Anita también se divertía. Al parecer, la primavera la tornaba niña.

Casi toda la tarde, hasta oscurecido, Antonino, Catalina y Anita estaban fuera de casa.

—¿Dónde estarán? Y María Fara salía al huerto y los llamaba á voces. Alguna vez la cabecita de Catalina asomaba á ras del muro, tras la hojarasca de una madre-selva y contestaba la niña:

—¡Ya vamos!

Pero no entraban.

Corrían por el campo, el cabello al viento, y al anochecer volvían con los trajes desgarrados, las uñas llenas de tierra y los zapatos rotos. Toda amonestación, cualquier castigo, eran ineficaces.

En un socavón del terreno, allá á distancia, especie de gruta, los chicos de Valena encendían fuego, cocían las viandas, merendaban, invitando también á los ami-

gos que acertaban á pasar casualmente por el camino.

Tanto Catalina como Antonino regresaban siempre de la escuela con dos ó tres compañeros, que llevaban al huerto. Banquetes, partidas de caza, farsas de comedia y muchos otros juegos se sucedían vertiginosamente.

Cantaban en coro, y sus voces infantiles llenaban de alegre rumor el campo.

Algunas veces Anita fatigábase, sentándose sobre el muro, desde donde presenciaba los juegos, suelto el cabello, malhumorada, mientras que Catalina, ebria de regocijo, saltaba y gritaba.

—No estudian, no trabajan, no piensan en nada—decía la señora María, disgustada.—Han echado á perder á Anita que, al llegar, parecía una mujer hecha y derecha.

En verdad, Anita, que se empeñaba antes en hacer una media en ocho días, hacía ya más de un mes que no cogía la aguja.

Ni el calor impedía á los tres chicos sus juegos. Los de invierno los habían olvidado. Nada de cartas, ni de damas, ni de dominó. Los gatitos, el perro, las gallinas, hasta las muñecas, como si no existieran.

Llegada la época de los exámenes hubo una tregua en el jugar. Catalina no habló de otra cosa. Tornóse seria y preocupada. Fué aprobada, pero sin alcanzar nota. Antonino, como era de esperar, fué suspenso. Volvió á casa pálido como un muerto.

—Está bien—le dijo con frialdad el padre.—Estudiarás para cura...

Quedóse el niño lívido. La amenaza de

meterlo interno en el Seminario lo atemorizó. Prometió estudiar durante las vacaciones, pero al tercer día, resonaron con más fuerza que nunca en el campo, más allá del huerto, su voz, la música de su flauta de caña y el canto de los grillos que hacía prisioneros.

*
* *

Cuando Cesáreo regresó por vacaciones vió que Anita estaba hecha una mujer de su casa. Ya no le imponían respeto ni él, ni los demás.

María explicó á su hijo, respondiendo á sus preguntas, cómo, en el reparto de bienes de la abuela, le había tocado á Anita, el salto de agua y que Pablo Valena había pensado venderlo. Por tanto la niña no vivía allí de caridad.

—Lo malo es que se vuelva orgullosa, observó el estudiante.

—No es de esperar.

Pocos días después, dijo Cesáreo:

—Veo que Sebastián y Anita congenian. Acabarán por casarse...

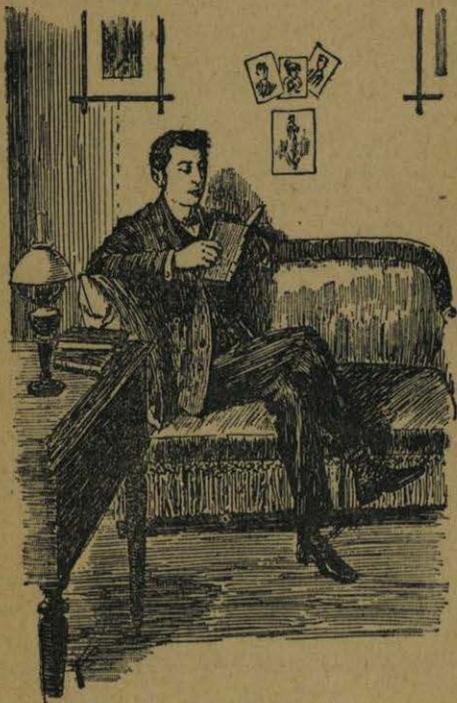
María Fara bajó la cabeza. Anita tenía aires señoriles y le cuadraba mejor para marido un empleado que un propietario, agricultor como Sebastián, á quién convenía una mujer fuerte, aunque fuera una aldeana rica é ignorante.

—Contigo, mejor... observó Angela que estaba presente. Cesáreo sonrió.

Hacía el amor á una señorita noble de

Cagliari, una verdadera señorita que le escribía cartas perfumadas.

En el fondo era un amor superficial como todos los sentimientos de Cesáreo, que iba acentuando su belleza á par de su escepticismo. En Orolá hallábase á disgusto.



La gente parecíale ordinaria y permanecía días enteros encerrado en su cuarto, desgastando la frescura de se espíritu leyendo novelas de todas clases que le llenaban la cabeza de sueños extraños é irrealizables. Estos sueños—la visión continua y tor-

mentosa de un mundo diferente, donde no existía la esclavizante mediocridad de la vida que le circundaba—eran el motivo de su pesimismo y de su superioridad.

Sebastián hacíase, por el contrario, un hombre fuerte; las espaldas hercúleas de campesino elegante no le robaban el aire de niño tranquilo y satisfecho.

No era tan hermoso como Cesáreo; las vigiliyas y el estudio no habían puesto cerco azul á sus ojos vivos, negros y lípidos; la salud y la fuerza resplandecían en su cuerpo musculoso, en su frente ancha, en sus labios rojos, en sus dientes sanos que blanqueaban cuando sonreía.

La vida proseguía igual, monótona y tranquila. Algunos días, cuanda se cerraban las ventanas y todos dormían la siesta, la casa de Valena parecía deshabitada.

Durante los días calurosos de Agosto, la familia holgaba. Sebastián salía á caballo al amanecer y regresaba por la noche. Un hábito de vida alegraba á los chicos, y también á los grandes. En el patio, fresco, la luna proyectaba una claridad tenue, blanca; todos las puertas y las ventanas estaban abiertas para que entrase el aire y Catalina gritaba contenta.

Quando Sebastián dejaba el caballo, iba á lavarse la cara, sucia del polvo y tostada del sol, en el agua del pozo. El secreto del regocijo que producía el arribo de Sebastián estaba en el cesto que porteaba, lleno de las primeras frutas, albaricoques, higos, moras y racimos de uva.

Regresaba fatigado del laboreo en el

campo, y después de la cena se acostaba durmiendo profundamente.

Cesáreo á veces inculpábase de gastar tanto dinero mientras su hermano trabajaba con tanto ahinco. Un día quiso probar la vida campesina. A la vista de los segadores, gente pobre, mal vestida, que comía pan negro solamente, sintióse conmovido, haciéndole comprender su estado de dicha en contraste con el doloroso vivir de los trabajadores. El campo era árido, seco, triste. El sol derramaba fuego. Pensó con nostalgia en su habitación fresca y silenciosa, y una gran tristeza invadió su ánimo mirando á Sebastián mezclado á aquella turba de gente mísera encorvada sobre el suelo...

Alejóse, llegando hasta el río, cuyas orillas llenas de árboles diéronle sombra y reposo.

Desde aquel día todo instinto campesino se extinguió en él.

TRES AÑOS DESPUÉS

A los diez años, al caer en un foso, Sebastián se había roto un dedo de la mano derecha. Le perduró el defecto, logrando así eludir el servicio militar, no obstante su constitución vigorosa.

Cesáreo, al llegar á la edad legal, tuvo que interrumpir los estudios para cumplir sus obligatorios deberes de soldado.

Al principio sufrió horriblemente. Escribía cartas muy tristes y sin las ayudas pecuniarias, en secreto, de su madre, que le permitían vivir con relativo desahogo, hubiera cometido una locura.

La disciplina militar y las marchas forzadas lo consumían, sin domarlo.

Partió enfermo, regresando al poco tiempo, en uso de licencia, casi moribundo, á tal punto que creyeron moriría. Restablecióse lentamente; hiciéronlo cabo; después lo ascendieron á sargento. Ya se estimó un personaje importante.

En los últimos meses que pasó en Orolá, Cesáreo se puso de moda. Era de una ex-